UNE ✦ SACRA

Profecías y Videntes

El Oráculo de Delfos en Heródoto

✦ ✦ ✦

Heródoto

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Heródoto
Fecha	c. 430 a. C. (traducción inglesa de 1890)
Idioma original	Griego antiguo
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir del inglés de G. C. Macaulay (1890)
Fuente	Project Gutenberg — The History of Herodotus, tradução de G. C. Macaulay (Londres, Macmillan, 1890), vols. 1 e 2 (e-books 2707 e 2456)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Delfos, en las laderas del monte Parnaso, en la Grecia central, fue el oráculo más famoso del mundo antiguo. En el templo de Apolo, una sacerdotisa, la Pitia, respondía en nombre del dios a las preguntas de reyes, ciudades y personas comunes, muchas veces en versos hexámetros y con palabras de doble sentido; de ahí el sobrenombre de Apolo, Loxias, "el oblicuo".

Antes de fundar una colonia, hacer una guerra o cambiar las leyes, era a Delfos adonde se iba a preguntar.

Heródoto de Halicarnaso (c. 484–c. 425 a. C.), el "padre de la Historia", escribió sus Historias hacia el 430 a. C., contando las guerras entre griegos y persas y todo lo que vino antes de ellas.

Cita decenas de respuestas de la Pitia, y es por él que conocemos las más célebres: la tortuga cocida en el bronce con que Creso puso a prueba los oráculos, el "gran imperio" que Creso destruiría (el suyo), la mula de los medos, los huesos de Orestes, las "murallas de

madera" que salvarían Atenas antes de Salamina, el rey de Esparta que debía morir en las Termópilas. También cuenta casos en que la Pitia fue comprada.

Esta es una selección: 19 episodios con respuestas de Delfos, en el orden del libro, cada uno con el pasaje de Heródoto que cuenta la pregunta, la respuesta y lo que vino después.

El título de cada episodio indica el libro y las secciones. En el episodio de Cípselo (V, 92) y en el de Milcíades (VI, 34–35) entra solo la parte que trata del oráculo, marcada con puntos suspensivos.

El texto inglés es la traducción de G. C. Macaulay (1890), sin las notas; una palabra que falta en el texto digital del episodio de Tegea va entre corchetes. Las versiones en portugués y español se tradujeron de ese inglés.

Muchos estudiosos creen que parte de estas respuestas se compuso o retocó después de los hechos; el texto se presenta como documento histórico.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/2707

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Giges y la primera respuesta (I, 13)

Creso pone a prueba los oráculos (I, 46–49)

Un gran imperio y la mula de los medos (I, 53–55)

El hijo mudo de Creso (I, 85)

Creso pide cuentas al dios (I, 90–91)

Licurgo (I, 65)

Tegea y los huesos de Orestes (I, 66–68)

Los cnidios y el istmo (I, 174)

El tesoro de Sifnos (III, 57–58)

Bato y la fundación de Cirene (IV, 150–151, 155–157)

Los Alcmeónidas compran a la Pitia (V, 63)

Cípselo de Corinto (V, 92)

Milcíades y los doloncos (VI, 34–35)

Cleómenes soborna a la Pitia (VI, 66)

Glauco y el depósito (VI, 86)

Las murallas de madera (VII, 140–143)

Los délficos y los vientos (VII, 178)

Leónidas y el rey que debe morir (VII, 220)

Los persas ante Delfos (VIII, 36–39)

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

GIGES Y LA PRIMERA RESPUESTA (I, 13)

✦

13 Él, no obstante, obtuvo el reino y se afirmó en él por medio del Oráculo de Delfos; pues, como los lidios estaban airados por la suerte de Candaules y se habían alzado en armas, se hizo un pacto entre los partidarios de Giges y los demás lidios: si el Oráculo respondía que él debía ser rey de los lidios, sería rey; si no, devolvería el poder a los hijos de Heracles.

13.2 El Oráculo dio la respuesta, y así Giges llegó a ser rey; pero la profetisa pitia dijo también que la venganza de los Heraclidas vendría sobre los descendientes de Giges en la quinta generación. Los lidios y sus reyes no hicieron caso de ese oráculo hasta que de hecho se cumplió.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CRESO PONE A PRUEBA LOS ORÁCULOS (I, 46–49)

✦

46 Durante dos años, pues, Creso permaneció quieto en su duelo, porque había perdido a su hijo; pero, pasado ese tiempo, el derrocamiento del dominio de Astiages, hijo de Ciaxares, por Ciro, hijo de Cambises, y el creciente poder de los persas hicieron que Creso dejara el duelo y lo llevaron a pensar en cortar el poder de los persas, si de algún modo podía, mientras aún estaba creciendo y antes de que se hicieran grandes.

46.2 Formado este propósito, comenzó enseguida a poner a prueba los oráculos, tanto los de los helenos como el de Libia, enviando mensajeros, unos a un lugar y otros a otro, unos a Delfos, otros a Abas, en la Fócide, y otros a Dodona; y algunos fueron enviados al santuario de Anfiarao y al de Trofonio, otros a los Bránquidas, en la tierra de Mileto: esos son los oráculos de los helenos a los que Creso envió mensajeros para buscar adivinación; y a otros los envió al santuario de Amón, en Libia, para consultar allí.

46.3 Enviaba los mensajeros fuera con el fin de probar los oráculos y averiguar qué sabían, para que, si se hallaba que conocían la verdad, pudiera enviar a preguntarles, en segundo lugar, si debía intentar marchar contra los persas.

47 Y a los lidios que envió para poner a prueba los oráculos les dio esta orden: que, desde el día en que salieran de Sardes, contaran los días siguientes y, al centésimo día, consultaran los oráculos, preguntando qué estaba haciendo en aquel momento Creso, hijo de Aliates, rey de los lidios; y lo que cada oráculo profetizara, que lo hicieran escribir y se lo trajeran.

47.2 Ahora bien, lo que profetizaron los demás oráculos nadie lo cuenta; pero en Delfos, en cuanto los lidios entraron en el santuario del templo para consultar al dios y preguntaron lo que se les había mandado preguntar, la profetisa pitia habló así, en versos hexámetros: «Yo conozco el número de la arena y la medida de las gotas del océano; entiendo al mudo y oigo el habla del que no habla. Y ha llegado a mi alma el olor de una tortuga de dura concha que hierve en un caldero de bronce, con la carne de un cordero mezclada con ella; debajo hay bronce, y bronce la cubre como vestido».

48 Cuando la profetisa pitia hubo pronunciado este oráculo, los lidios hicieron escribir la profecía y partieron enseguida hacia Sardes. Y cuando también los demás que habían sido enviados por todas partes llegaron allí con las respuestas de los oráculos, Creso abrió los escritos uno por uno y los examinó; y al principio ninguno le agradó, pero cuando oyó el de Delfos, enseguida adoró al dios y aceptó la respuesta, juzgando que el Oráculo de Delfos era el único verdadero, porque había descubierto lo que él mismo había hecho.

48.2 Pues, después de enviar a sus mensajeros a los distintos oráculos para consultar a los dioses, guardando bien en la memoria el día señalado, había ideado este artificio: pensó en algo que fuera imposible descubrir o imaginar y, cortando en pedazos una tortuga y un cordero, los coció juntos él mismo en un caldero de bronce, poniendo sobre ellos una tapa de bronce.

49 Esta fue, pues, la respuesta dada a Creso desde Delfos; en cuanto a la respuesta de Anfiarao, no sé decir qué respondió a los lidios después de que hicieron lo que es costumbre en su templo, pues no hay registro de ello,

como de los demás, salvo que Creso juzgó que también él poseía un oráculo verdadero.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

UN GRAN IMPERIO Y LA MULA DE LOS MEDOS (I, 53–55)

✦

53 A los lidios que iban a llevar estos regalos a los templos Creso les mandó que hicieran también esta pregunta a los oráculos: si Creso debía marchar contra los persas y, en ese caso, si debía unir a sí algún ejército de hombres como amigos.

53.2 Y cuando los lidios llegaron a los lugares adonde habían sido enviados y dedicaron las ofrendas, consultaron a los oráculos y dijeron: «Creso, rey de los lidios y de otras naciones, considerando que estos son los únicos oráculos verdaderos entre los hombres, os ofrece regalos dignos de vuestras revelaciones y os pregunta de nuevo ahora si debe marchar contra los persas y, en ese caso, si debe unir a sí algún ejército de hombres como aliados».

53.3 Así preguntaron, y las respuestas de los dos oráculos coincidieron en una sola, declarando a Creso que, si marchaba contra los persas, destruiría un gran imperio; y le aconsejaron averiguar cuáles eran los más poderosos de los helenos y unirlos a sí como amigos.

54 Cuando le trajeron las respuestas y Creso las oyó, quedó encantado con los oráculos y, esperando destruir con certeza el reino de Ciro, envió de nuevo a Pito y, habiendo averiguado cuántos eran los hombres de Delfos, les dio dos estateros de oro por cabeza; y a cambio los délficos dieron a Creso y a los lidios la precedencia en la consulta del Oráculo, la exención de todos los pagos y el derecho a los asientos delanteros en los juegos, con este privilegio también para siempre: que cualquiera de ellos que quisiera podría hacerse ciudadano de Delfos.

55 Y, después de hacer regalos a los hombres de Delfos, Creso consultó el Oráculo por tercera vez; pues, desde que conoció la verdad del Oráculo, hizo abundante uso de él. Y, consultando el Oráculo, preguntó si su monarquía duraría mucho tiempo. Y la profetisa pitia le respondió así: «Cuando suceda que una mula de los medos sea monarca, entonces, junto al pedregoso Hermo, oh lidio de pies delicados, huye y no te quedes, y no te avergüences de que te llamen cobarde».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL HIJO MUDO DE CRESO (I, 85)

✦

85 Mientras tanto, al propio Creso le sucedió lo siguiente. Tenía un hijo, del que ya hablé antes, que era de buen carácter, pero privado del habla. Ahora bien, en su tiempo de prosperidad Creso había hecho todo lo posible por él y, entre otras cosas que ideó, había enviado también mensajeros a Delfos para preguntar acerca de él.

85.2 Y la profetisa pitia le habló así: «Lidio, señor de muchos, Creso, muy ciego ante el destino, no desees oír en tus salas esa voz por la que tanto se ruega, la voz de tu hijo; mucho mejor sería que estuviera lejos de ti, pues hablará por primera vez en un día aciago de desgracia».

85.3 Ahora bien, cuando la fortaleza estaba siendo tomada, uno de los persas iba a matar a Creso, tomándolo por otro; y Creso, al verlo venir, no hizo caso, por la desgracia que había caído sobre él, y le era indiferente morir del golpe; pero ese hijo sin voz, cuando vio al persa avanzar, por terror y aflicción rompió las ataduras de su habla y dijo: «Hombre, no mates a Creso».

85.4 Este hijo, digo, habló entonces por primera vez, pero después siguió usando el habla todo el tiempo de su vida.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CRESO PIDE CUENTAS AL DIOS (I, 90–91)

✦

90 Al oír esto, Ciro quedó sumamente complacido, porque le pareció que Creso aconsejaba bien; lo elogió mucho y mandó a los lanceros de su guardia hacer lo que Creso había aconsejado; y después habló así a Creso: «Creso, ya que estás dispuesto, como rey que eres, a hacer buenas obras y decir buenas palabras, pídeme un regalo, lo que desees que se te dé ahora mismo».

90.2 Y él dijo: «Señor, el mayor favor que me harás es permitirme enviar al dios de los helenos, a quien honré más que a todos los dioses, estos grilletes, y preguntarle si tiene por justo engañar a los que le hacen bien».

90.3 Entonces Ciro le preguntó qué acusación hacía al dios, para pedir eso; y Creso le repitió todo lo que había pensado, las respuestas de los oráculos y sobre todo las ofrendas, y cómo había sido incitado por la profecía a marchar contra los persas; y, hablando así, volvió de nuevo a la petición de que se le permitiera hacer este reproche al dios.

90.4 Y Ciro se rio y dijo: «No solo esto obtendrás de mí, Creso, sino también cualquier cosa que desees de mí en cualquier momento». Al oír esto, Creso envió a algunos lidios a Delfos, mandándoles poner los grilletes en el umbral del templo y preguntar al dios si no se avergonzaba de haber incitado a Creso con sus profecías a marchar contra los persas, persuadiéndolo de que pondría fin al imperio de Ciro, ya que estas eran las primicias del botín que le había ganado, mostrando al mismo tiempo los grilletes.

90.5 Esto debían preguntar, y además si los dioses de los helenos tenían por justo practicar la ingratitud.

91 Cuando los lidios llegaron y repitieron lo que se les había mandado decir, se cuenta que la profetisa pitia habló así: «El destino fijado es imposible de evitar, incluso para un dios. Y Creso pagó la deuda por el pecado de su quinto antepasado, que, siendo uno de los lanceros de los Heraclidas, siguió la artimaña traicionera de una mujer y, después de matar a su señor, se apoderó de la dignidad real, que no le pertenecía por derecho.

91.2 Y aunque Loxias deseaba ardientemente que la desgracia de Sardes cayera sobre los hijos de Creso y no sobre el propio Creso, no le fue posible desviar a las Moiras de su curso; pero lo que ellas concedieron él lo realizó y se lo dio de regalo a Creso: pues aplazó la toma de Sardes tres años; y sepa Creso que fue hecho prisionero esos años más tarde que el tiempo fijado por el destino; además, en segundo lugar, lo socorrió cuando iba a ser quemado.

91.3 Y en cuanto al oráculo que se dio, Creso no tiene razón para quejarse: pues Loxias le dijo de antemano que, si marchaba contra los persas, destruiría un gran imperio; y él, al oír esto, si hubiera querido aconsejarse bien, debía haber enviado a preguntar además si el dios hablaba de su propio imperio o del de Ciro; pero, como no comprendió lo que se dijo y no volvió a preguntar, declárese a sí mismo culpable de lo que siguió.

91.4 También, cuando consultó el Oráculo por última vez, Loxias le dijo lo que dijo acerca de una mula; pero tampoco esto lo comprendió: pues Ciro era de hecho esa mula, ya que nació de padres de dos razas distintas, la madre de linaje más noble y el padre de menos noble: ella era una meda,

hija de Astiages, rey de los medos, y él un persa, de un pueblo súbdito de los medos, y, siendo inferior en todo, era marido de la que era su señora real».

91.5 Así respondió la profetisa pitia a los lidios, y ellos llevaron la respuesta de vuelta a Sardes y se la repitieron a Creso; y él, al oírla, reconoció que la culpa era suya y no del dios. En cuanto al imperio de Creso y a la primera conquista de Jonia, así fue como sucedió.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LICURGO (I, 65)

✦

65 Tal era el estado de cosas que Creso oyó que reinaba entre los atenienses en aquel tiempo; en cuanto a los lacedemonios, oyó que habían escapado de grandes males y ya llevaban ventaja a los tegeatas en la guerra.

65.2 Pues, cuando León y Hegesicles eran reyes de Esparta, los lacedemonios, que tenían buen éxito en todas sus demás guerras, sufrían descalabros solo en la que hacían contra los hombres de Tegea.

65.3 Además, en los tiempos anteriores a estos tenían las peores leyes de casi todos los helenos, tanto en los asuntos que les concernían solo a ellos como en que no tenían trato con extranjeros.

65.4 Y pasaron a una buena constitución de leyes de este modo: Licurgo, hombre de los espartanos tenido en gran estima, fue al Oráculo de Delfos y, al entrar en el santuario del templo, enseguida la profetisa pitia dijo así: «He aquí que has venido, oh Licurgo, a este rico santuario de mi templo, amado por Zeus y por todos los que habitan las moradas del Olimpo. Si llamarte dios, lo dudo, en mis voces proféticas, dios u hombre; pero más bien creo que eres un dios, oh Licurgo».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

TEGEA Y LOS HUESOS DE ORESTES (I, 66–68)

✦

66 Algunos dicen, además, que la profetisa pitia también le expuso el orden de cosas que ahora está establecido entre los espartanos; pero los propios lacedemonios dicen que Licurgo, habiéndose hecho tutor de Leobotes, hijo de su hermano, que era rey de los espartanos, trajo estas cosas de Creta.

66.2 Pues, en cuanto se hizo tutor, cambió todas las leyes vigentes y tomó medidas para que no se transgredieran sus instituciones; y después Licurgo estableció lo que tocaba a la guerra, es decir, las enomotías, las triécadas y las comidas en común, y además los éforos y el Senado.

66.3 Habiendo cambiado así, los espartanos tuvieron buenas leyes; y a Licurgo, después de muerto, le erigieron un templo y le rinden gran culto. Entonces, como era de esperar, con una tierra fértil y con no pequeño número de hombres que la habitaban, enseguida crecieron y prosperaron; y ya no les bastaba con estar quietos, sino que, presumiendo que eran superiores en fuerza a los arcadios, consultaron el Oráculo de Delfos sobre la conquista de toda la Arcadia; y la profetisa pitia respondió así: «La tierra de Arcadia me pides; me pides mucho; te la niego.

66.4 Muchos hay en la tierra de Arcadia, hombres robustos, comedores de bellotas; ellos te lo impedirán; pero no te soy avara: Tegea, batida por pies resonantes, te daré para danzar, y una hermosa llanura te daré para medir con la cuerda y repartir».

66.5 Cuando los lacedemonios oyeron esta respuesta, dejaron en paz a los demás arcadios y marcharon contra los tegeatas llevando grilletes en las manos, confiando en un oráculo engañoso y esperando hacer esclavos a los hombres de Tegea.

66.6 Pero, vencidos en el combate, los que fueron capturados vivos trabajaron llevando los grilletes que ellos mismos habían traído y «midiendo con la cuerda y repartiendo» la llanura de los tegeatas. Y esos grilletes con que habían sido atados se conservaban todavía en mi tiempo en Tegea, colgados alrededor del templo de Atenea Alea.

67 En la guerra anterior, digo, lucharon contra los tegeatas siempre sin éxito; pero en tiempos de Creso y en el reinado de Anaxándridas y Aristón en Lacedemonia, los espartanos por fin se hicieron vencedores en la guerra; y lo lograron de este modo.

67.2 Como seguían siendo siempre vencidos en la guerra por los hombres de Tegea, enviaron mensajeros a consultar el Oráculo de Delfos y preguntaron a qué dios debían hacerse propicio para llevar ventaja a los hombres de Tegea en la guerra; y la profetisa pitia les respondió que trajeran a su tierra los huesos de Orestes, hijo de Agamenón.

67.3 Entonces, como no podían hallar la tumba de Orestes, enviaron de nuevo hombres al dios para preguntar por el lugar donde yacía Orestes; y, cuando los mensajeros enviados preguntaron esto, la profetisa dijo así: «Hay una Tegea, en la tierra de Arcadia, fundada en un lugar llano, donde soplan dos vientos juntos, por fuerte necesidad; hay golpe y golpe en [respuesta], y aflicción sobre aflicción. Allí el hijo de Agamenón reposa en la tierra que da la vida; si lo llevas contigo a casa, serás señor de Tegea».

67.4 Cuando los lacedemonios oyeron esto, no por eso estaban menos lejos de descubrirlo, aunque buscaron en todas partes, hasta que Licas, uno de los espartanos llamados «bienhechores», lo descubrió.

67.5 Ahora bien, los «bienhechores» son los ciudadanos de más edad que salen de las filas de los «jinetes», cinco cada año; y estos están obligados, durante el año en que salen de los «jinetes», a dejarse enviar sin cesar a diversos lugares por el Estado espartano.

68 Licas, pues, siendo uno de estos, lo descubrió en Tegea, tanto por fortuna como por habilidad. Pues, como había en aquel tiempo relaciones de tregua con los hombres de Tegea, había entrado en una fragua de allí y miraba cómo se trabajaba el hierro; y estaba admirado al ver lo que se hacía.

68.2 El herrero, entonces, notando que se admiraba, dejó su trabajo y dijo: «Ciertamente, forastero de Lacedemonia, si hubieras visto lo que yo vi una vez, te habrías admirado mucho, ya que ahora te admiras tanto del trabajo de este hierro; pues yo, queriendo hacer un pozo en este cercado, di, al cavar, con un ataúd de siete codos de largo; y, no creyendo que jamás hubiera habido hombres más grandes que los de hoy, lo abrí y vi que el cuerpo del muerto era tan largo como el ataúd; entonces, después de medirlo, volví a echar la tierra encima».

68.3 Así le contó lo que había visto; y el otro, pensando en lo que se le había contado, conjeturó que aquel era Orestes, según el dicho del Oráculo, formando su conjetura de este modo: como veía que el herrero tenía dos pares de fuelles, concluyó que esos eran los vientos de que se hablaba, y que el yunque y el martillo eran el golpe y el golpe en [respuesta], y que el hierro que se trabajaba era la aflicción puesta sobre aflicción, comparando por la idea de que el hierro fue descubierto para mal de la humanidad.

68.4 Habiendo conjeturado así, volvió a Esparta y contó todo a los lacedemonios; y ellos le hicieron una acusación con un pretexto inventado y lo echaron al destierro.

68.5 Llegado entonces a Tegea, contó al herrero su desgracia e intentó arrendarle el cercado, pero al principio él no quería cedérselo; al fin, no obstante, Licas lo persuadió y se fue a vivir allí; y desenterró la tumba, reunió los huesos y se marchó con ellos a Esparta.

68.6 Desde entonces, siempre que se medían unos con otros, los lacedemonios llevaban mucha ventaja en la guerra; y ya habían sometido además la mayor parte del Peloponeso.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LOS CNIDIOS Y EL ISTMO (I, 174)

✦

174 Ahora bien, los carios fueron sometidos por Hárpago sin que hicieran ninguna hazaña brillante ni los propios carios ni los helenos que habitan esa tierra. Entre estos últimos están, además de otros, los hombres de Cnido, colonos venidos de Lacedemonia, cuya tierra avanza hacia el mar, siendo de hecho la región llamada Triopio, que empieza en la península de Bibaso; y, como toda la tierra de Cnido, salvo una pequeña parte, está bañada por el mar (pues la parte que mira al norte está limitada por el golfo Cerámico, y la que mira al sur por el mar frente a Sime y Rodas), los hombres de Cnido comenzaron a cavar esa pequeña parte, que tiene unos cinco estadios de ancho, mientras Hárpago sometía Jonia, deseando hacer de su tierra una isla; y dentro del istmo todo era suyo, pues donde el territorio de Cnido termina en dirección al continente, allí está el istmo que cavaban.

174.2 Y, mientras los cnidios trabajaban en ello con gran número de hombres, se notó que los hombres que trabajaban sufrían heridas mucho más de lo que cabía esperar y de un modo más sobrenatural, tanto en otras partes del cuerpo como sobre todo en los ojos, cuando se rompía la roca; por eso enviaron hombres a preguntar al Oráculo de Delfos cuál era la causa de la dificultad.

174.3 Y la profetisa pitia, según cuentan los propios hombres de Cnido, les dio esta respuesta en versos trímetros: «No cerquéis el lugar con torres ni cavéis el istmo; Zeus habría hecho de vuestra tierra una isla, si lo hubiera querido».

174.4 Después de que la profetisa pitia dio este oráculo, los hombres de Cnido no solo dejaron de cavar, sino que se entregaron a Hárpago sin resistencia cuando vino contra ellos con su ejército.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL TESORO DE SIFNOS (III, 57–58)

✦

57 Aquellos samios que habían hecho la expedición contra Polícrates también se marcharon, cuando los lacedemonios estaban a punto de abandonarlos, y llegaron a Sifnos; pues necesitaban dinero, y el pueblo de Sifnos estaba entonces en la cumbre de su prosperidad y poseía más riqueza que todos los demás isleños, ya que tenían en su isla minas de oro y de plata, de modo que hay en Delfos un tesoro dedicado con el diezmo del dinero que venía de esas minas, y amueblado igual que los más ricos de esos tesoros; y el pueblo solía repartirse cada año el dinero que venía de las minas.

57.2 Así pues, cuando estaban erigiendo el tesoro, consultaron el Oráculo sobre si su prosperidad de entonces podría quedarse con ellos mucho tiempo, y la profetisa pitia les dio esta respuesta: «Cuando de blanco brille la sala del consejo de Sifnos y la plaza sea de frente blanca, entonces hará falta alguien prudente para guardarse de un ejército de madera y de un heraldo rojo».

57.3 Ahora bien, justo en aquel tiempo la plaza y la sala del consejo de los sifnios habían sido adornadas con mármol de Paros.

58 Este oráculo no pudieron entenderlo ni entonces, al principio, ni cuando llegaron los samios; pues, en cuanto los samios arribaron a Sifnos, enviaron una de sus naves a llevar embajadores a la ciudad; ahora bien, antiguamente todas las naves se pintaban de rojo, y esto era lo que la profetisa pitia anunciaba de antemano a los sifnios, mandándoles guardarse del «ejército de madera» y del «heraldo rojo». Los mensajeros, pues, llegaron y pidieron a los sifnios que les prestaran diez talentos; y, como se negaron a

prestárselos, los samios comenzaron a devastar sus tierras; cuando lo supieron, los sifnios acudieron enseguida y, trabando combate con ellos, fueron vencidos, y muchos de ellos fueron cortados por los samios y quedaron fuera de la ciudad; y después los samios les impusieron un pago de cien talentos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

BATO Y LA FUNDACIÓN DE CIRENE (IV, 150–151, 155–157)

✦

150 Hasta este punto de la historia los lacedemonios coinciden en su relato con los hombres de Tera; pero en lo que viene a continuación son solo los de Tera quienes cuentan que sucedió así.

150.2 Grino, hijo de Esanio, descendiente del Teras de que se ha hablado y rey de la isla de Tera, fue a Delfos llevando la ofrenda de una hecatombe de parte de su ciudad; y lo acompañaban, además de otros ciudadanos, también Bato, hijo de Polimnesto, que por linaje era de la familia de Eufemo, de la raza de los minias.

150.3 Ahora bien, cuando Grino, rey de los tereos, consultaba el Oráculo sobre otros asuntos, la profetisa pitia respondió mandándole fundar una ciudad en Libia; y él replicó diciendo: «Señor, yo ya estoy algo viejo y pesado para moverme; pero manda tú a alguno de estos más jóvenes que lo haga». Al decir esto señaló a Bato.

150.4 Por entonces quedó así; pero después, cuando volvieron, se vieron en apuros con el dicho del Oráculo, pues no tenían conocimiento alguno de Libia, ni de en qué parte de la tierra estaba, ni se atrevían a enviar una colonia a lo desconocido.

151 Entonces, después de esto, durante siete años no llovió en Tera, y en esos años se secaron todos los árboles de la isla menos uno; y, cuando los tereos consultaron el Oráculo, la profetisa pitia señaló como causa este asunto de la colonización de Libia.

151.2 Como no tenían remedio para su mal, enviaron mensajeros a Creta, para averiguar si alguno de los cretenses o de los forasteros que vivían en Creta había llegado alguna vez a Libia.

151.3 Estos, andando de un lado a otro por la región, llegaron también a la ciudad de Itanos, y allí encontraron a un pescador de púrpura llamado Corobio, que dijo haber sido arrastrado por los vientos y haber llegado a Libia, y en Libia a la isla de Platea.

151.4 A este hombre lo persuadieron con dinero y lo llevaron a Tera, y de Tera partieron hombres a explorar, al principio no muchos; y, habiéndolos guiado Corobio a esa misma isla de Platea, dejaron allí a Corobio, con provisiones para cierto número de meses, y ellos navegaron lo más rápido posible para dar noticia de la isla a los hombres de Tera.

155 Después de esto, Polimnesto, hombre de prestigio entre los tereos, recibió de él a Frónime y la tuvo como concubina; y con el tiempo le nació de ella un hijo con un defecto en la voz y que tartamudeaba, al que, según dicen tanto los tereos como los cireneos, se le dio el nombre de Bato; pero yo pienso que entonces se le dio otro nombre y que fue llamado Bato en su lugar después de llegar a Libia, tomando para sí este sobrenombre del oráculo que se le dio en Delfos y del rango que había alcanzado; pues los libios llaman al rey battos; y por eso, pienso, la profetisa pitia, en su profecía, lo llamó así, usando la lengua libia, porque sabía que sería rey en Libia.

155.2 Pues, cuando se hizo hombre, fue a Delfos a preguntar por su voz; y, cuando preguntó, la profetisa le respondió así: «Por la voz viniste, oh Bato; pero a ti el señor Febo Apolo te envía como colono a la tierra libia rica en ovejas», como si dijera, usando la lengua de los helenos: «Por la voz viniste, oh rey».

155.3 Él respondió así: «Señor, vine a ti a preguntar por mi voz, pero tú me respondes otras cosas que no son posibles, mandándome ir como colono a Libia; pero ¿con qué poder, o con qué fuerza de hombres iría?».

155.4 Al decir esto no la persuadió en absoluto de darle otra respuesta; y, como ella le profetizaba de nuevo lo mismo que antes, Bato se retiró mientras ella aún hablaba y se fue a Tera.

156 Después de esto vino la desgracia tanto sobre él como sobre los demás hombres de Tera; y los tereos, sin entender lo que les sucedía, enviaron a Delfos a preguntar por los males que sufrían; y la profetisa pitia les respondió que, si se unían a Bato para fundar Cirene, en Libia, les iría mejor.

156.2 Después de esto los tereos enviaron a Bato con dos galeras de cincuenta remos; y estas navegaron a Libia y luego volvieron a Tera, pues no sabían qué otra cosa hacer; y los tereos les lanzaron proyectiles cuando intentaron desembarcar y no les dejaron tocar tierra, sino que les mandaron volver a navegar.

156.3 Ellos, pues, obligados, navegaron de vuelta y fundaron una colonia en una isla cercana a la costa de Libia, llamada, como se dijo antes, Platea. Se dice que esta isla tiene el mismo tamaño que la actual ciudad de Cirene.

157 En ella siguieron viviendo dos años; pero, como no prosperaban, dejaron allí a uno de los suyos y todos los demás navegaron a Delfos y, llegados al Oráculo, lo consultaron, diciendo que vivían en Libia y que, aunque vivían allí, no les iba mejor; y la profetisa pitia les respondió así: «Si conoces mejor que yo la tierra libia rica en ovejas, sin haber ido allí, que yo, que he estado, admiro tu sabiduría». Al oír esto, Bato y sus compañeros navegaron de vuelta otra vez; pues de hecho el dios no los dispensaría de la tarea de colonizar hasta que llegaran a la propia Libia; y, llegados a la isla y reco-

giendo al que habían dejado, fundaron una colonia en la propia Libia, en un lugar frente a la isla llamado Aziris, que está rodeado de bellísimos bosques a ambos lados y tiene un río que pasa por un lado.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LOS ALCMEÓNIDAS COMPRAN A LA PITIA (V, 63)

✦

63 Así pues, según dicen los atenienses, estos hombres, establecidos en Delfos, persuadieron a la profetisa pitia con regalos de dinero de que, siempre que hombres de los espartanos vinieran a consultar el Oráculo, enviados en privado o por el Estado, les propusiera liberar Atenas.

63.2 Los lacedemonios, entonces, como se les daba la misma palabra en todas las ocasiones, enviaron a Anquimolio, hijo de Áster, hombre de prestigio entre sus ciudadanos, con un ejército para expulsar de Atenas a los hijos de Pisístrato, aunque estos estaban muy ligados a ellos por lazos de hospitalidad; pues juzgaban que las cosas del dios debían preferirse a las de los hombres; y enviaron esta fuerza por mar, en naves.

63.3 Él, pues, arribando a Falero, desembarcó su ejército; pero los hijos de Pisístrato, informados de esto de antemano, llamaron en su ayuda a una fuerza de Tesalia, pues habían hecho alianza con los tesalios; y los tesalios, a petición suya, enviaron por decisión pública un cuerpo de mil jinetes y también a su rey Cíneas, hombre de Conio.

63.4 Obtenidos estos aliados, los hijos de Pisístrato idearon lo siguiente: talaron los árboles de la llanura de Falero, hicieron esa comarca apta para la caballería y después enviaron la caballería a atacar el campamento enemigo; y esta, cayendo sobre él, mató, además de muchos otros lacedemonios, al propio Anquimolio; y a los supervivientes los encerraron en las naves.

63.5 Tal fue el resultado de la primera expedición desde Lacedemonia; y la tumba de Anquimolio está en Alopece, en el Ática, cerca del templo de Heracles que está en Cinosarges.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CÍPSELO DE CORINTO (V, 92)

✦

92 … (b) Pues el orden establecido del Estado corintio era este: el gobierno era una oligarquía, y los oligarcas, llamados Baquíadas, controlaban el Estado y se casaban entre sí. Ahora bien, a uno de estos hombres, llamado Anfión, le nació una hija que era coja, y su nombre era Labda.

92.2 Esta hija, como ninguno de los Baquíadas quiso casarse con ella, fue tomada por esposa por Eetión, hijo de Equécrates, que era del demo de Petra, pero por origen lapita y de la raza de Ceneo.

92.3 Ni de esta mujer ni de otra le nacían hijos; por eso partió hacia Delfos a preguntar por su descendencia; y, al entrar, enseguida la profetisa se dirigió a él con estos versos: «Eetión, digno de mucha honra, nadie te honra. Labda concibe y dará a luz una piedra que rueda, que caerá sobre los monarcas y hará justicia en Corinto».

92.4 Esta respuesta dada a Eetión llegó de algún modo a los Baquíadas, para quienes no era inteligible el oráculo que había venido a Corinto antes de este, un oráculo que se refería a lo mismo que el de Eetión y decía así: «Un águila concibe en las rocas y dará a luz un león voraz, fuerte y fiero para devorar, que aflojará las rodillas de muchos. Pensad bien en esto, os lo mando, corintios, que habitáis en torno a la hermosa fuente de Pirene y a la escarpada Corinto».

92.5 (c) Este oráculo, digo, habiendo venido antes a los Baquíadas, era oscuro; pero después, cuando oyeron el que había venido a Eetión, enseguida entendieron también el anterior, que concordaba con el de Eetión; y, en-

tendiendo también este, se quedaron quietos, deseando destruir al niño que naciera a Eetión.

92.6 Entonces, en cuanto su mujer dio a luz un niño, enviaron a diez de los suyos al demo donde vivía Eetión, para matar al niño; y, cuando estos llegaron a Petra y entraron en el patio de la casa de Eetión, pidieron al niño; y Labda, sin saber nada del propósito con que habían venido y suponiendo que pedían al niño por amistad hacia su padre, lo trajo y lo puso en manos de uno de ellos.

92.7 Ahora bien, ellos, al parecer, habían resuelto por el camino que el primero de ellos que recibiera al niño lo estrellaría contra el suelo. Pero, cuando Labda lo trajo y lo entregó, sucedió por providencia divina que el niño sonrió al hombre que lo había recibido; y, cuando él lo notó, la compasión le impidió matarlo, y, con esa compasión, se lo pasó al siguiente, y este al tercero.

92.8 Así pasó por las manos de los diez, entregado de uno a otro, ya que ninguno de ellos tuvo valor para quitarle la vida. Devolvieron, pues, el niño a su madre y salieron; y después, de pie junto a la puerta, se insultaban y se culpaban unos a otros, sobre todo al que primero había recibido al niño, porque no había hecho lo que se había resuelto; hasta que al fin, después de un tiempo, decidieron entrar de nuevo y tomar todos parte en el asesinato.

92.9 (d) Pero de la descendencia de Eetión estaba destinado que brotaran males para Corinto; pues Labda escuchaba todo esto, de pie muy cerca de la puerta, y, temiendo que cambiaran de idea, tomaran al niño una segunda vez y lo mataran, lo llevó y lo escondió en el lugar que le pareció menos probable de ser descubierto, es decir, en un arcón de grano, segura de que, si volvían a buscar, lo examinarían todo; y eso de hecho sucedió.

92.10 Así pues, cuando llegaron y, buscando, no pudieron hallarlo, les pareció mejor volver y decir a quienes los habían enviado que habían hecho todo lo que se les había encargado. (e) Ellos, entonces, se marcharon y dijeron esto; y después el hijo de Eetión creció y, por haber escapado de ese peligro, se le dio el nombre de Cípselo, como sobrenombre tomado del arcón de grano.

92.11 Entonces, cuando Cípselo se hizo hombre y fue a buscar adivinación, se le dio en Delfos una respuesta de doble filo, confiando en la cual intentó tomar Corinto y se apoderó de ella.

92.12 La respuesta era esta: «Feliz, en verdad, es la suerte de este hombre que entra en mi morada, hijo de Eetión; reinará en la famosa Corinto, Cípselo, él y sus hijos, pero los hijos de sus hijos ya no».

92.13 Tal fue el oráculo; y Cípselo, cuando se hizo tirano, fue un hombre de esta índole: a muchos de los corintios los mandó al destierro, a muchos les quitó sus riquezas y a muchísimos más la vida. ...

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MILCÍADES Y LOS DOLONCOS (VI, 34–35)

✦

34 En el Quersoneso, pues, los fenicios se apoderaron de todas las demás ciudades, menos de la ciudad de Cardia. De estas ciudades, hasta aquel tiempo, Milcíades, hijo de Cimón, hijo de Esteságoras, había sido tirano, habiendo obtenido Milcíades, hijo de Cípselo, este gobierno del modo que sigue.

34.2 Los habitantes de este Quersoneso eran tracios doloncos; y estos doloncos, duramente acosados en la guerra por los apsintios, enviaron a sus reyes a Delfos a consultar el Oráculo sobre la guerra. Y la profetisa pitia les respondió que debían traer a su tierra, como fundador de una colonia, al hombre que primero les ofreciera hospitalidad al volver del templo.

34.3 Los doloncos, entonces, siguieron por la Vía Sagrada a través de la tierra de los focenses y de los beocios y, como nadie los invitaba, se desviaron y llegaron a Atenas.

35 Ahora bien, en aquel tiempo, en Atenas, el gobierno lo tenía Pisístrato, pero también Milcíades, hijo de Cípselo, tenía algún poder; pertenecía a una familia que mantenía cuadrigas y descendía originariamente de Éaco y de Egina, aunque en tiempos más recientes su familia era ateniense, habiendo sido Fileo, hijo de Áyax, el primero de su casa en hacerse ateniense.

35.2 Este Milcíades estaba sentado a la entrada de su casa y, viendo pasar a los doloncos con vestidos que no eran a la moda nativa ateniense y con lanzas, los llamó a voces; y, cuando se acercaron, les ofreció alojamiento y hospitalidad.

35.3 Ellos, entonces, aceptaron y, después de ser agasajados por él, pasaron a contar todas las palabras del Oráculo; y, después de contarlas, le pidieron que hiciera lo que el dios había dicho; y Milcíades, al oírlo, enseguida se inclinó a aceptar, porque estaba descontento con el gobierno de Pisístrato y deseaba quitarse de en medio.

35.4 Partió, pues, enseguida a Delfos a preguntar al Oráculo si debía hacer lo que los doloncos le pedían; y, como también la profetisa pitia le mandó hacerlo, Milcíades, hijo de Cípselo, que antes de esto había vencido en Olimpia con una cuadriga, llevando consigo a todos los atenienses que quisieron tomar parte en la expedición, navegó con los doloncos y tomó posesión de la tierra; y los que lo habían invitado a venir lo hicieron su tirano. ...

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CLEÓMENES SOBORNA A LA PITIA (VI, 66)

✦

66 Por fin, como había disputa sobre esos asuntos, los espartanos resolvieron preguntar al Oráculo de Delfos si Demarato era hijo de Aristón. Llevada la cuestión a la profetisa pitia por arreglo de Cleómenes, Cleómenes ganó para su causa a Cobón, hijo de Aristofanto, que tenía el mayor poder entre los délficos, y Cobón persuadió a Perialla, profetisa del Oráculo, a decir lo que Cleómenes quería que se dijera.

66.2 Así la profetisa pitia, cuando los enviados a consultar al dios le hicieron su pregunta, decidió que Demarato no era hijo de Aristón. Después, no obstante, estas cosas se supieron, y Cobón se fue al destierro, dejando Delfos, y Perialla, profetisa del Oráculo, fue apartada de su cargo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

GLAUCO Y EL DEPÓSITO (VI, 86)

✦

86 Cuando, sin embargo, Leotíquidas fue a Atenas y pidió que le devolvieran el depósito, los atenienses, no queriendo entregar a los rehenes, pusieron pretextos para negarse y alegaron que dos reyes los habían depositado y que no les parecía justo devolverlos a uno sin el otro; así pues, como los atenienses dijeron que no los devolverían, Leotíquidas les habló así: (a) «Atenienses, haced lo que vosotros mismos queráis; pues sabéis que, si los entregáis, haréis lo que manda la religión, y, si os negáis a entregarlos, haréis lo contrario; pero quiero contaros qué clase de cosa sucedió una vez en Esparta a propósito de un depósito.

86.2 Nosotros, los espartanos, contamos que hubo en Lacedemonia, unas dos generaciones antes de mi tiempo, un tal Glauco, hijo de Epicides. Este hombre, decimos, alcanzó el más alto mérito en todas las demás cosas, y sobre todo tenía buena fama, entre todos los que en aquel tiempo vivían en Lacedemonia, por su rectitud; y contamos que, a su debido tiempo, le sucedió lo siguiente: un hombre de Mileto llegó a Esparta y quiso hablar con él, alegando las razones que siguen: "Soy milesio", dijo, "y he venido aquí deseando sacar provecho de tu rectitud, Glauco; pues, como había mucha fama de tu rectitud por todo el resto de la Hélade y también en Jonia, consideré conmigo mismo que Jonia está siempre en peligro, mientras que el Peloponeso está firmemente asentado, y también que nunca vemos que la riqueza permanezca mucho tiempo en manos de las mismas personas; re-

flexionando, digo, sobre estas cosas y aconsejándome conmigo mismo, resolví convertir en dinero la mitad de mis bienes y depositarla contigo, bien seguro de que, depositada contigo, la tendría a salvo.

86.3 Recibe, pues, te lo ruego, el dinero, y toma y guarda estas contraseñas; y a quien te pida el dinero de vuelta teniendo las señales que corresponden a estas, a ese devuélveselo". (b) El forastero que había venido de Mileto dijo esto; y Glauco aceptó el depósito en las condiciones propuestas.

86.4 Luego, pasado mucho tiempo, llegaron a Esparta los hijos del que había depositado el dinero con Glauco; y fueron a hablar con Glauco y, presentando las señales, pidieron que se les devolviera el dinero; pero él los rechazó, respondiéndoles así: "No recuerdo el asunto, ni mi mente me trae conocimiento alguno de esas cosas de que habláis; pero deseo recordar y hacer todo lo que es justo; pues, si lo recibí, deseo devolverlo honradamente; y si, por el contrario, no lo recibí en absoluto, obraré con vosotros según las costumbres de los helenos; por eso aplazo el arreglo del asunto con vosotros por tres meses a partir de ahora".

86.5 (c) Los milesios, entonces, se fueron afligidos, pues suponían que les habían robado el dinero; pero Glauco partió hacia Delfos a consultar el Oráculo; y, cuando preguntó al Oráculo si debía robarles el dinero mediante un juramento, la profetisa pitia lo reprendió con estos versos: "Glauco, hijo de Epicides, sí, por el momento esto, vencer su palabra con un juramento y robar, es más provechoso. Jura, pues la suerte de la muerte espera también al que jura con verdad.

86.6 Pero sabe que el Juramento tiene un hijo, sin nombre, sin manos y sin pies; y, sin pies, persigue, sin manos, agarra, y destruirá por entero la raza y la casa del hombre que ofende. Pero, para el hombre que jura con

verdad, la raza será mejor en adelante". Al oír esto, Glauco suplicó que el dios le perdonara lo que había dicho, pero la profetisa dijo que poner a prueba al dios y cometer el acto eran cosas equivalentes. (d) Glauco, entonces, mandó llamar a los milesios y les devolvió el dinero; pero ahora se os dirá, oh atenienses, la razón por la que me puse a contaros esta historia.

86.7 En el tiempo presente no existe ningún descendiente de Glauco, ni hogar alguno que se tenga por el de Glauco, sino que ha sido enteramente destruido y arrancado de Esparta. Así pues, es bueno ni siquiera tener otro pensamiento sobre un depósito que el de devolverlo, cuando los que lo hicieron lo piden de vuelta».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LAS MURALLAS DE MADERA (VII, 140–143)

✦

140 Pues los atenienses habían enviado hombres a Delfos a preguntar y se disponían a consultar el Oráculo; y, después de que estos cumplieron los ritos acostumbrados en el recinto sagrado, cuando entraron en el santuario y estaban allí sentados, la profetisa pitia, cuyo nombre era Aristonica, les pronunció este oráculo: «¿Por qué estáis sentados, oh desdichados? Huye a los confines de la tierra, dejando tu casa y las alturas de la ciudad redonda como una rueda.

140.2 He aquí que no queda a salvo ni la cabeza ni el cuerpo —ni los pies abajo, ni las manos, ni el medio te quedan—; todo se destruye a la vez; pues el fuego y el impetuoso dios de la guerra, apresurando el carro sirio, los arroja a la ruina. No solo la tuya, sino muchas otras grandes fortalezas hará perecer; sí, muchos templos de los dioses entregará al fuego voraz, templos que ahora están en pie, con el sudor de su terror chorreando, temblando de pavor; y he aquí que desde el techo más alto hasta el suelo gotea sangre oscura, anunciando el mal terrible e inevitable. ¡Salid, salid del santuario y sumergid el alma en el dolor!».

141 Al oír esto, los hombres enviados por los atenienses a consultar el Oráculo quedaron muy afligidos; y, como estaban desesperados por el mal que se les había profetizado, Timón, hijo de Andróbulo, hombre de los délficos de prestigio igual al de los primeros, les aconsejó tomar un ramo de suplicante y acercarse por segunda vez a consultar el Oráculo como suplicantes.

141.2 Los atenienses hicieron lo que él aconsejó y dijeron: «Señor, te rogamos que nos des algún oráculo mejor sobre nuestra patria, respetando estos ramos de suplicante que hemos venido a traerte; si no, ciertamente no saldremos del santuario, sino que nos quedaremos aquí donde estamos ahora, hasta acabar con nuestra vida».

141.3 Cuando dijeron estas palabras, la profetisa les dio un segundo oráculo, así: «Palas no logra aplacar al gran Zeus en el Olimpo, aunque le suplique con muchísimas palabras y astucias bien tejidas. Pero te diré además esto, y lo afirmaré con acero de diamante: cuando todo lo demás sea tomado, todo lo que encierra la frontera de Cécrope y los oscuros barrancos del divinísimo Citerón, un baluarte de madera, al fin, concede Zeus a la diosa nacida de Tritón, el único que quedará sin ser devastado, y te será útil a ti y a tus hijos.

141.4 No te quedes allí esperando a que vengan los jinetes y los infantes sin número; no te quedes quieto esperando a la hueste que viene del continente, sino retírate, volviendo la espalda al enemigo, pues aún le harás frente más adelante. Salamina, tú, la divina, harás perecer a hijos de mujeres, o cuando el grano se siembre o cuando se recoja».

142 Esto les pareció ser (como de hecho era) una palabra más benigna que la primera; por eso la hicieron escribir y partieron con ella hacia Atenas; y, cuando los mensajeros, después de volver, dieron cuenta al pueblo, se expresaron muchas opiniones diversas por parte de quienes buscaban el sentido del oráculo, y entre ellas estas, las más opuestas entre sí: algunos de los más ancianos dijeron que les parecía que el dios les había profetizado que la Acrópolis sobreviviría; pues la Acrópolis de los atenienses estaba antiguamente cercada por un seto de espinos; y conjeturaban, por tanto, que

ese dicho sobre el «baluarte de madera» se refería al seto; otros, en cambio, decían que el dios se refería con esto a sus naves, y aconsejaban dejar todo lo demás y aprestar estas.

142.2 Ahora bien, los que decían que las naves eran el baluarte de madera se veían sacudidos en su interpretación por los dos últimos versos que pronunció la profetisa: «Salamina, tú, la divina, harás perecer a hijos de mujeres, o cuando el grano se siembre o cuando se recoja».

142.3 A propósito de estos versos, las opiniones de los que decían que las naves eran el baluarte de madera quedaron confundidas; pues los intérpretes de oráculos entendían que querían decir que estaba destinado que, habiéndose preparado para una batalla naval, sufrirían una derrota en torno a Salamina.

143 Ahora bien, había un hombre de los atenienses que desde hacía poco venía adelantándose para ocupar un lugar entre los primeros, cuyo nombre era Temístocles, llamado hijo de Neocles.

143.2 Este hombre dijo que los intérpretes de oráculos no conjeturaban rectamente el conjunto, y habló así, diciendo que, si esas palabras pronunciadas se referían de verdad a los atenienses, no creía que se habrían expresado tan benignamente en el oráculo, sino más bien así: «Salamina, tú, la cruel», en lugar de «Salamina, tú, la divina», al menos si sus pobladores estaban destinados a perecer en torno a ella; pero, en verdad, el oráculo había sido dicho por el dios con referencia a los enemigos, si se entendía bien, y no a los atenienses; por eso les aconsejó prepararse para librar una batalla en el mar, pues en esto estaba su baluarte de madera.

143.3 Cuando Temístocles declaró así su opinión, los atenienses juzgaron que debían preferirla al consejo de los intérpretes de oráculos, que les mandaban no prepararse para una batalla naval y, en suma, ni siquiera alzar las manos en oposición, sino dejar la tierra del Ática y establecerse en alguna otra.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LOS DÉLFICOS Y LOS VIENTOS (VII, 178)

✦

178 Los helenos, digo, acudían con rapidez, habiendo sido asignados a sus diversos puestos; y mientras tanto los hombres de Delfos consultaron el Oráculo del dios en favor de sí mismos y en favor de la Hélade, presos de pavor; y se les dio la respuesta de que debían rezar a los Vientos, pues estos serían poderosos auxiliares de la Hélade en el combate. Los délficos, entonces, aceptado el oráculo, comunicaron primero la respuesta que se les había dado a aquellos helenos que deseaban ser libres; y, habiéndoselo comunicado en un tiempo en que tenían gran pavor del bárbaro, se ganaron una provisión inmortal de gratitud; después de esto, los hombres de Delfos erigieron un altar a los Vientos en Tía, donde está el recinto sagrado de Tía, hija de Cefiso, de quien además este lugar toma su nombre; y también se acercaron a ellos con sacrificios.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LEÓNIDAS Y EL REY QUE DEBE MORIR (VII, 220)

✦

220 No obstante, se cuenta también que el propio Leónidas los despidió, cuidando de que no perecieran, pero juzgando que no era decoroso para él ni para los espartanos presentes abandonar el puesto que habían venido a guardar desde el principio.

220.2 Me inclino más bien por esta última opinión, es decir, que, porque Leónidas notó que los aliados estaban desanimados y no deseaban afrontar el peligro con él hasta el fin, les mandó partir, pero juzgó que marcharse no era honroso para él, mientras que, si se quedaba, dejaría tras de sí una gran fama, y la prosperidad de Esparta no se borraría; pues la profetisa pitia había dado a los espartanos, cuando consultaron sobre esta guerra en el tiempo en que empezaba, un oráculo según el cual o Lacedemonia sería destruida por los bárbaros, o su rey perdería la vida.

220.3 Esta respuesta se la dio la profetisa en versos hexámetros, y decía así: «En cuanto a vosotros, hombres que habitáis Esparta de amplios espacios, o vuestra gloriosa ciudad es saqueada por los hijos de Perseo, o, si no es así, un rey del linaje de Heracles será llorado, muerto, por todos en los confines de la vasta Lacedemonia. Ni la fuerza de los toros ni la furia de los leones lo detendrán, pues tiene fuerza como la de Zeus; y digo que no será contenido hasta haber despedazado y repartido por entero a uno u otro de estos».

220.4 Soy de la opinión de que Leónidas, considerando estas cosas y deseando ganarse una gloria por encima de todos los demás espartanos, despidió a los aliados, y no que los que partieron lo hicieran de modo tan desordenado porque estaban divididos de opinión.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LOS PERSAS ANTE DELFOS (VIII, 36–39)

✦

36 Mientras tanto, los délficos, informados de esto, habían llegado al extremo del miedo; y, con gran terror, consultaron el Oráculo sobre los objetos sagrados, si debían enterrarlos o llevarlos a otra tierra; pero el dios les prohibió tocarlos, diciendo que él solo era capaz de cuidar de lo suyo.

36.2 Al oír esto, comenzaron a pensar en sí mismos y enviaron a sus hijos y mujeres a Acaya, al otro lado del mar, mientras la mayor parte de los propios hombres subió hacia las cumbres del Parnaso y llevó sus bienes a la cueva Coricia, y otros partieron en busca de refugio a Anfisa, de los locros.

36.3 En suma, los délficos habían dejado todos la ciudad, salvo sesenta hombres y el profeta del Oráculo.

37 Cuando los bárbaros se habían acercado y podían ver el templo, entonces el profeta, cuyo nombre era Acerato, vio delante de la cella unas armas tendidas en el suelo, que habían sido sacadas del santuario, armas sagradas en las que a ningún hombre le estaba permitido poner las manos.

37.2 Él, entonces, iba a anunciar el prodigio a los délficos que aún estaban allí; pero, cuando los bárbaros, avanzando, llegaron frente al templo de Atenea Pronaia, les sucedieron además prodigios aún mayores que el que había sucedido antes; pues, aunque también aquello era una maravilla, que armas de guerra aparecieran por sí mismas tendidas fuera de la cella, esto, que sucedió enseguida después, es digno de admiración por encima de todos los demás prodigios.

37.3 Cuando los bárbaros, en su avance, estaban frente al templo de Atenea Pronaia, en ese momento cayeron del cielo rayos sobre ellos, y del Parnaso se desprendieron dos peñascos que se precipitaron sobre ellos con gran estruendo, cayendo sobre muchos de ellos, mientras desde el templo de Pronaia se oyó un grito y se alzó un clamor de guerra.

38 Habiendo sucedido todas estas cosas juntas, cayó el miedo sobre los bárbaros; y los délficos, notando que huían, bajaron tras ellos y mataron a un gran número; y los que sobrevivieron huyeron derechos a Beocia. Esos bárbaros que volvieron contaron, según se me ha informado, que, además de lo que hemos dicho, vieron también otras cosas milagrosas; pues dos hombres (decían) con armadura completa y de estatura más que humana los seguían matando y persiguiendo.

39 Esos dos, dicen los délficos, eran los héroes del lugar Fílaco y Autónoo, cuyos recintos sagrados están alrededor del templo, el de Fílaco justo al lado del camino, por encima del templo de Pronaia, y el de Autónoo cerca de Castalia, bajo el pico llamado Hiampea. Además, las rocas que cayeron del Parnaso se conservaban todavía en mi tiempo, yaciendo en el recinto sagrado de Atenea Pronaia, donde cayeron cuando atravesaron las filas de los bárbaros. Tal fue la partida de estos hombres del templo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0